

Te cuento un mito

CRISTIAN WALTER



EDITORES

Cristian Walter
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2019.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9781702610940
Depósito Legal: ZU2019000172

Corrección:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultana.com.ve
+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiusdem*, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

TE CUENTO UN MITO

Cristian Walter

Una cara de la moneda

Existen muchos mitos y leyendas de la antigüedad. Y sin dudas, una de las civilizaciones que más historias aportó fue la griega. Ellos poseían mitos para explicar todos los fenómenos de la vida cotidiana. Sin embargo, déjenme decirles que no todos los mitos son fidedignos. Por ejemplo, no es cierto que Perseo derrotó a Medusa; ella murió muchos años antes de soledad y él solo le cortó la cabeza. Tampoco es verdad que Hades recibió el inframundo por descarte; él lo quiso desde el principio porque sabía el poder que esto le confería, pues los demás dioses solo tienen influencia sobre la estancia terrenal de las personas, que es un tiempo efímero, en cambio Hades posee las almas por toda la eternidad.

Y hablando de Hades, quiero hacer una aclaración con respecto a una de sus historias. Sin dudas todos habrán escuchado el mito de Perséfone. En el mismo se cuenta como Hades raptó a su propia sobrina, Perséfone (hija de Zeus y Deméter), y la obligó a vivir con él en el inframundo. Esto destruyó el corazón de su madre, quien pidió a Zeus su intervención. El Dios del rayo habló con su hermano Hades y llegaron a un acuerdo: Perséfone pasaría seis meses en la Tierra junto a su madre y seis meses en el inframundo. Esto no le gusto para nada a Deméter, pero no tenía otra opción. Así, los meses que Perséfone pasa con su madre hacen que su corazón se regocije y la vegetación brille en todo

su esplendor, dando flores y frutos abundantes (esto corresponde a los meses de primavera y verano). En cambio, cuando Perséfone se encuentra en el inframundo, el corazón de Deméter se congela y en el mundo todo es desolación; el clima se vuelve frío, las plantas mueren, las flores se marchitan y la vegetación desaparece (esto corresponde a los meses de otoño e invierno). Debo reconocer que esta es una linda historia para contar de boca en boca. Sin embargo, la realidad dista un poco del mito. En primer lugar, Hades no raptó a Perséfone sino que ellos se enamoraron a primera vista. Pero sabían que en la Tierra no podrían ser felices, por eso idearon el plan del rapto. En segundo lugar, Deméter no está afligida por su hija. Su dolor radica en el hecho de que ella siempre estuvo enamorada de Hades y ver que él escogió a su propia hija en su lugar le rompió el corazón. Por eso intentó hacerles la vida imposible y apeló a cualquier artimaña para separarlos. Pero no pudo ya que nunca vi un amor más puro que el de Perséfone y Hades. Cuando ella está en el inframundo todo es diferente. Los castigos disminuyen, el ambiente es más agradable e incluso Hades se vuelve tierno y generoso. Pero cuando ella se va a la Tierra, todo se vuelve turbio. Los castigos son salvajes, los suplicios son aterradores, los gritos no te dejan ni siquiera pensar y Hades se refugia en su castillo a la espera de su amada. Es por esto que se dan los cambios climáticos. Cuando Perséfone esta con su madre, Deméter se siente dichosa al ver sufrir a Hades y al castigar a su hija por ro-

barle a su amor. Entonces brinda flores y frutos abundantes a los hombres. En cambio, cuando Perséfone vuelve con su amado Hades, Deméter hierve de ira y destruye todo vestigio de naturaleza. Y este es un ciclo que nunca tendrá fin ya que tanto el amor de Hades y Perséfone como la ira de Deméter son eternos.

Se preguntaran cómo sé todo esto. Fácil. Yo soy el encargado de llevar y traer a Perséfone a través del río. Así es, yo soy Caronte, el barquero, y si quieren escuchar las demás verdades sobre los mitos con mucho gusto se las contare cuando vengan a visitarme. No se preocupen por el tiempo que demoren que yo los espero tranquilos en mi barca, total tarde o temprano todos van a subirse a ella. Eso sí, no olviden de traer la moneda para mi paga.

Los hijos de la serpiente

Cuando entré a trabajar en el asilo para enfermos mentales, nunca hubiera pensado que me pasaría algo tan extraordinario.

Eran mis primeros días en el lugar y mis nuevas compañeras ya me habían advertido sobre una señora muy anciana que hablaba sola y se pasaba todo el día gritando incoherencias y contando historias muy extrañas. Cuando la conocí, sentí mucha pena por ella ya que se encontraba postrada en una silla de ruedas y las demás empleadas la dejaban sola en algún rincón o en el patio para que no alborotara a los demás pacientes.

Un día la vi bajo la sombra de un gran árbol del patio y me acerqué para hablar. Ella se encontraba pronunciando palabras en un idioma extraño y al notar mi presencia se dio vuelta furiosa.

— ¿Qué quiere?

— Hola. Soy la nueva enfermera y quería preguntarle si necesitaba algo o si podía hacer algo para que este mejor.

— No. Nadie puede ayudarme — contestó volteando.

Como soy testadura y no me resigno con facilidad, me senté a su lado para seguir la conversación.

— A veces hace bien hablar de los problemas con otras personas. Tal vez la visión del otro le ayude.

— Lo dudo — respondió sin siquiera mirarme.

— Intentémoslo. Total con intentar no perdemos nada — dije y note que su tez rígida iba cediendo.

do — Me llamo Atalanta.

— ¿Atalanta? Que nombre tan peculiar y hermoso.

— Gracias. ¿Usted cómo se llama?

— Soy Equidna.

— ¡Vaya nombre! — dije sorprendida — ¿Tiene familia?

— Sí. Un esposo y diez hijos.

— Qué lindo, siempre me gustaron las familias numerosas. ¿Vienen a visitarla seguido?

— No

— Que lastima — dije sintiendo más pena por la mujer — ¿Por qué?

— No pueden... Mi esposo fue confinado por el maldito Zeus debajo del monte Etna y todos mis hijos fueron asesinados, la mayoría por ese estúpido y arrogante Heracles. Cómo lo odio.

A la anciana se le encendieron los ojos, la voz se le tornó más ronca y comenzó a echar espuma blanca por la boca. Asustada fui en busca de otra enfermera, pero cuando regresamos ella ya no estaba allí. La buscamos por todo el asilo sin éxito. Mi compañera me dijo que no me preocupara, que ella siempre desaparecía por unas horas y después volvía a aparecer tan misteriosamente como se había ido. Esto no me tranquilizó y llegué a mi casa muy preocupada por el destino de la anciana.

Esa noche casi no pude dormir. Tuve horribles pesadillas que involucraban a la anciana del asilo y a horribles monstruos envueltos con las llamas del infierno. A la mañana siguiente me desperté afiebrada y con fuertes jaquecas. La noche

de insomnio hizo estragos en mi salud y no fui a trabajar. A la tarde, después de unas renovadoras horas de sueño, me sentía mejor. Sin embargo, la charla con la anciana seguía dando vueltas en mi cabeza. ¿Qué había querido decir cuando habló de su familia? Comencé a investigar y lo que descubrí me paralizó. Según la mitología griega, Equidna era la madre de los monstruos, y junto a su esposo Tifón engendraron a las fieras más despiadadas que asolaron la Tierra. Esto me revelaba un nuevo panorama con respecto a la anciana del asilo. Sin dudas ella debía tener un fuerte trastorno cerebral que le hacía creer que era una diosa de la antigüedad. Sentí mucha lástima por ella y creí que era mi deber ayudarla.

Al día siguiente, cuando llegué al asilo la encontré en el mismo lugar donde la había dejado antes de desaparecer. No sabía que iba a decirle. Por lo que había investigado, sabía que en esos casos de desequilibrio mental no era conveniente darle la contra a los pacientes. Necesitaba una estrategia diferente.

— Hola. ¿Cómo anda hoy? ¿No es una mañana espléndida?

— Sí — respondió seca. Luego, al ver mi sonrisa, aflojó y resoplando agregó: — Disculpe por lo del otro día, no quise asustarla.

— No hay problema. Solo me preocupe por usted. Me alegra verla bien.

— Gracias. Sí, me encuentro bien — y se dio vuelta para mirar el horizonte.

— Si no le molesta me voy a sentar un rato con usted.

— Adelante.

Pasamos un largo rato en silencio, contemplando la vasta inmensidad del mar.

— La vista es muy hermosa. ¿No lo cree?

— Si... hermosa.

— Una vista así me hace apreciar toda la hermosura de Grecia — el comentario no pareció importarle. Debía ser más directa — A mí siempre me gustó la historia de este país. Ya sabe, los mitos y todo eso. Usted por casualidad no conocerá alguna de esas historias para contarme.

— Claro que las conozco — contestó sonriendo. Había caído en mi trampa — Yo soy parte de ellas.

— ¿Cómo es eso? — pregunté haciéndome la sorprendida.

— Tal vez mi nombre no le suene, pero yo soy una diosa. Soy Equidna, madre de los monstruos — mientras hablaba su voz iba adquiriendo una impronta tenebrosa.

— ¡Vaya! ¡No lo puedo creer! Tengo ante mí una verdadera diosa de la antigüedad — mis elogios surtían se efecto ya que a la anciana le brillaba el rostro y presentaba una sonrisa satisfecha — ¿Y cuál es su historia?

— Mi historia es trágica. No querrás escucharla.

— Sí, sí quiero. Por favor.

— Está bien — respondió acomodándose en su silla de ruedas — Mi tragedia comienza con mi esposo Tifón, dios de los huracanes y los terremotos. Él era colosal, dueño de un vigor y una fuerza sin igual. Pero también era muy arrogante y esto fue su perdición. Él se creía invencible y

trató de destronar a Zeus, Dios de dioses. En un principio lo logró; incluso le cortó los tendones y lo encerró dentro de una bolsa. Pero Hermes, con la velocidad proporcionada por sus sandalias aladas, logró robarle los tendones y devolvérselos a Zeus. Así se enfrentaron de nuevo y esta vez mi esposo cayó derrotado. Su castigo fue pasar la eternidad confinado bajo el peso del monte Etna — una lágrima comenzó a rodar por su mejilla.

— Lo siento. Debió ser terrible — dije tocando su mano. Al sentir mi contacto, ella retiró la mano sobresaltada.

— Sí. Pero peor fue lo que hicieron con mis pobres hijos. Ellos no tenían la culpa de ser monstruos, nacieron así. Eso no les daba derecho a asesinarlos — sus ojos emanaban gruesas lágrimas.

— Creo que será mejor ir adentro. Mañana seguiremos con las historias.

Sin decir palabra, la anciana se dejó conducir a su habitación. Una vez adentro me indicó que apagara la luz y me marchara. Después de esto no la volví a ver por varios días.

Cuando reapareció, la encontré más jovial y animada. Dijo que la charla conmigo le había hecho bien y quería contarme sus otras desgracias para sacarse ese peso de encima. Yo estaba muy contenta, mi trabajo estaba dando sus frutos. Tal vez al final de sus historias la anciana estaría curada. Así fue que durante los días siguientes escuché las trágicas historias que envolvían las vidas de sus hijos. Y todas tenían el mismo final:

la muerte.

El primero fue Ortro, un perro de dos cabezas que cuidaba el ganado de un tal Gerión y que fue asesinado por Heracles en una de sus doce pruebas.

El segundo fue Cancerbero, el mítico can de tres cabezas que cuidaba la entrada al palacio de Hades. También fue asesinado por Heracles.

El tercero fue Quimera, un monstruo con cuerpo y cabeza de cabra, cabeza de león y otra cabeza de dragón en su cola. Este monstruo era despiadado y vio su final en las manos de Belerofonte. El cuarto era la famosa Esfinge que asolaba la ciudad de Tebas. Ella prefería la inteligencia antes que la fuerza, por eso quien osaba enfrentarla debía resolver su acertijo y sino ser devorado. Por suerte, el astuto Edipo pudo pasar la prueba y la Esfinge, avergonzada, se suicidó arrojándose al vacío.

El quinto era la Hidra de Lerna, un espeluznante dragón marino que tenía el poder de regenerarse: cuando se le cortaba una cabeza le nacían dos más en su lugar. También la mató Heracles. El sexto era el León de Nemea, famoso por tener una piel impenetrable. Por suerte, Heracles era extremadamente fuerte y lo pudo estrangular con sus poderosas manos.

El séptimo era Ladón, una serpiente de cien cabezas que se encargaba de cuidar las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. También sufrió su muerte a manos de Heracles.

El octavo era Ethon, un águila cuyo propósito era castigar a Prometeo picoteando su hígado

por toda la eternidad. También es asesinado por Heracles (comenzaba a entender el odio que la anciana le profesaba a dicha figura).

El noveno era el Dragón de Cólquida, encargado de proteger el vellocino de oro. Esta vez el héroe que se encargaría de matarlo no fue Heracles sino Jasón y sus argonautas.

Y el décimo era la Cerda de Cromión, quien encontró su muerte a manos del poderoso Teseo.

Diez hijos. Diez tragedias. Y una madre angustiada que trataba de aplacar su dolor inventándose estas historias.

Al terminar de hablar, la anciana se notaba serena. Creí que era el momento adecuado para la fase dos de mi plan: revelarle la verdad.

— Que historia interesante — dije tratando de sonar natural — Sabe que más es interesante, la condición de la mente humana — ella me miró con expresión de duda — Hay veces que el cerebro se daña y nos hace creer cosas que jamás pasaron. Por ejemplo, la pérdida de un esposo y de los hijos de una manera traumática, pueden causar una angustia muy grande en una persona y provocar daños en la mente de la misma. Así, el cerebro generará una respuesta para evitar el daño que sufrió, creando una realidad alterna para la persona — mi teoría médica parecía no impresionar a la anciana, que solo se limitó a reír.

— Ya veo lo que sucede. No me cree.

— No, no es eso... — intenté hablar pero me interrumpió.

— Pensé que usted sería diferente, pero veo que

me equivoqué. Ahora que conoce la verdad ya no puedo dejarla ir.

Dicho esto, la anciana sacó la manta que cubría sus piernas y dejó al descubierto su figura espantosa. La mitad superior pertenecía a una mujer normal pero la mitad inferior era el cuerpo de una horrible serpiente. La anciana, irritada y echando fuego por sus fauces, se extendió en todo su esplendor y se dispuso a atacar. Pero justo en el momento de abalanzarse, una espada le atravesó el pecho. La anciana se dio vuelta y vio el rostro de un joven musculoso que tenía una piel de león como armadura.

— No podía ser otro más que tú.

— Tardé mucho en encontrarte. Es hora de terminar con toda tu raza monstruosa.

El joven sacó la espada y con ella el corazón de la anciana. Luego tomó el cuerpo de Equidna entre sus poderosos brazos y, después de agradecerme por revelar la verdadera identidad de la anciana, ascendió a los cielos.

Luego de esto me desmayé y estuve varios días internada, víctima de altas temperaturas y colapsos nerviosos. Nunca nadie creyó mi historia y de la anciana jamás se supo nada.

Ahora que estoy en el mismo asilo y me siento bajo el mismo árbol a contemplar el horizonte, lloro por la trágica historia de Equidna y sus hijos.

El Oráculo del Rey

En la antigüedad existía un rey que gobernaba toda la tierra conocida con mano de hierro. En todas partes se lo conocía por su extrema crueldad y más de mil veces se escucharon las historias de cómo él solo aniquiló a toda la guardia real y luego desolló al antiguo rey para quedarse con su corona.

El Rey impartía miedo con las llamas que salían de sus ojos, pero también despertaba suspiros entre las mujeres, que caían rendidas ante su hermosura. Al darse cuenta del poder que influía sobre las damas del reino, el Rey rápidamente se volvió un mujeriego y conquistó a cualquiera que se cruzaba por su camino. Sin embargo, luego de estar con una mujer, perdía todo el interés por ella y la abandonaba. Así fue como el Rey desperdigo por toda la tierra conocida a mujeres desechadas que llevaban en sus vientres a un hijo suyo. Poco a poco, todas las mujeres del reino se convirtieron en madres de un heredero al trono. En un principio esto lleno de regocijo al Rey, que veía en sus hijos un poderoso ejército para combatir a sus enemigos. Sin embargo, al pasar el tiempo comenzó a notar que algo lo inquietaba. Lo que le preocupaba era que en un futuro sus hijos se vuelvan en su contra y se generen guerras que lleven a la destrucción del reino. Pasaban los días y el malestar del Rey crecía. Harto de esta situación, decidió emprender un viaje a tierras lejanas para consultar a un famo-

so oráculo.

El oráculo le dijo que la solución a sus problemas era tomar como esposa a una de las ninfas vírgenes del río Frigio ya que mientras ella permaneciera a su lado, la paz y la armonía reinarían en sus dominios y tendrían un hijo que gobernaría todas las tierras conocidas y las que faltaban conocer. Si por el contrario, él decidía separarse de su esposa y seguir con la vida que llevaba ahora, la desgracia recaería sobre toda su descendencia. El malévolo rey, sin siquiera escuchar la advertencia del oráculo, emprendió de inmediato la búsqueda de la ninfa que se convertiría en su esposa. Cabalgó por montañas y bosques hasta llegar al río Frigio y allí divisó un cuerpo desnudo nadando cerca de la orilla. Sus cabellos negros, sus pechos rosados, sus ojos verdes, su mirada sensual, su sexo cautivador... ¡Era perfecta! El Rey cayó rendido a sus pies. Le habló de su reino, sus castillos, sus riquezas y le prometió que todo eso sería suyo. Además le juró amor para toda la eternidad. La ninfa, sonrojada, acepto y allí mismo consumaron su amor.

De regreso al reino se celebró la boda más grande jamás pensada. La fiesta duró 30 días y 30 noches. Cada día que pasaba, se sumaban invitados provenientes de los lugares más alejados del reino. Al Rey se lo veía dichoso y en su cara brillaba la energía. Se sentía lleno de vigor y todas las noches se retiraba a sus aposentos para sembrar su semilla en el vientre de su esposa. Luego, extenuado, se dormía y soñaba con ese hijo que nacería del amor verdadero; ese hijo que sería

rey entre reyes y que dominaría no solo las tierras conocidas sino también las tierras de la oscuridad, que se encontraban más allá del lugar donde se perdía el sol. Sin embargo, los meses pasaban y el hijo tan deseado no llegaba. Esto enfureció al Rey que culpaba de todo a su esposa. Las peleas comenzaron a ser parte de la vida cotidiana y el coito se convirtió en algo repulsivo y violento, muy alejado del acto de amor que debería ser.

Una noche, el Rey se emborracho y en lugar de regresar a sus aposentos, se dirigió al cuarto de las doncellas y tuvo una orgía con las cinco mujercitas que allí se encontraban. Al cabo de unos meses, las cinco muchachas quedaron embarazadas del rey, lo que provocó que el odio hacia su esposa creciera más y más. Y una noche, marcada nuevamente por las bebidas, el Rey asió su espada, decapitó a su esposa y luego se acostó a dormir tranquilo a su lado, sin darse cuenta que con ese acto su destino quedaba sentenciado para siempre.

Al día siguiente, hizo desaparecer el cuerpo y siguió con su vida normal: asistió a fiestas, se emborrachó, se acostó con cualquier mujer que encontraba y siguió engendrando hijos bastardos. Al pasar los años, los hijos del rey comenzaron a reclamar las partes que les correspondían del reino. Esto provocó disturbios en las ciudades que derivaron en sangrientas guerras. El reino se encontraba en un estado crítico y el poder del Rey tambaleaba. Desesperado, el Rey decide buscar ayuda en el antiguo oráculo. Pero al llegar

al lugar donde se encontraba solo halló un páramo desierto, nada más. Cansado y afiebrado, deambuló por semanas hasta encontrar un río. Se derrumbó en su orilla, con la vista clavada en las tranquilas aguas. De repente, las aguas comenzaron a ponerse turbulentas y de la bruma emergió la figura fantasmagórica de la ninfa que había sido su esposa. El Rey, temblando de miedo, le pidió perdón de rodillas y llorando le rogó que le ayude a salvar su reino. La ninfa rió amargamente.

— ¿Tu reino? ¿Es lo único que te importa, verdad? Pues si tanto quieres salvarlo, solo existe una solución: que desaparezcas junto a tu maldita descendencia.

— No, por favor. Eso no. Te lo imploro, amada mía. Todo fue mi culpa; solo mi culpa. ¿Cómo puedo hacer para remediarlo?

La ninfa lo miró en silencio y luego de un rato contestó.

— Yo no pude darte hijos porque no soy hija de los hombres. Yo soy hija de la tierra, guardiana de los animales. Por eso si quieres que te ayude a remediar todo el mal que has hecho en tu vida, solo me queda transformarte a ti y a tu descendencia en animales que sean fieles a los humanos y que les sirvan para toda la eternidad.

Dicho esto, la figura desapareció y el Rey cayó rendido en la arena.

En este punto la historia se vuelve confusa. Hay quienes dicen que las guerras acabaron con todos los hijos del rey y este, en su extrema tris-

teza, decidió suicidarse. Otros alegan la desaparición de la familia real a fuerzas místicas que descendieron de los bosques en forma de lobos para aniquilar a la estirpe maldita y que luego estos mismos espíritus se pusieron al servicio de los hombres para protegerlos de futuros males. La verdad nunca se sabrá, pero dos cosas son seguras. La primera es que, luego de la desaparición de toda la familia real, el reino pasó a manos de un joven príncipe, proveniente de una región lejana, que gobernó con sabiduría y bondad, trayendo paz y abundancia a todas sus tierras. Y la segunda es que si vas de noche a las cercanías del río Frigio podrás ver a un animal enorme, con pelaje negro como la noche y ojos rojos como el fuego, que le regala al río su aullido lastimero.

Cri Cri

El doctor Sanders realizaba una expedición por la antigua ciudad de Troya en busca de una rara planta medicinal que se mencionaba en los papiros antiguos y de la cual podría extraerse el elixir de la vida, cuando fue mordido por una serpiente. Él nunca había visto un espécimen de ese tipo y por eso no sabía cómo combatir su veneno, el cual debía ser muy poderoso ya que en cuestión de minutos había paralizado toda su pierna. Rengueando, quiso pedir ayuda, pero la fiebre y los efectos narcóticos producidos por la mordedura hicieron que se desmayara entre las ruinas de la antigua ciudad. Tirado boca arriba y con la vista clavada en el sol brillante solo podía repetir una palabra: *morir, morir*. Como un eco de sus susurros, le llegó a los oídos el chirrido de un grillo (*Cri Cri*) y luego se desmayó.

Pasaron varias semanas hasta que el doctor pudo despertar. Al abrir los ojos se vio en una precaria choza, rodeado de frascos y vasijas antiguas donde podían observarse líquidos de todos los colores. Intentó moverse pero sentía las extremidades entumecidas y la pierna le dolía mucho.

— No se mueva. Solo empeorará las cosas.

— ¿Quién es? ¿Dónde estoy? ¿Qué paso?

— Beba — respondió la voz y una mano huesuda y arrugada le extendió una especie de vaso hecho con un pedazo de tronco en el cual burbujeaba un brebaje extraño.

— No gracias... — pero sus negativas no sirvie-

ron de nada ya que las manos huesudas lo obligaron a tragar ese líquido espantoso y el doctor se sumió de nuevo en un sueño profundo.

Al despertar ya no quedaban rastros de dolor, tenía los pensamientos más claros, recordaba todo lo que había sucedido y gozaba de una movilidad limitada. Reincorporándose en la cama improvisada con pieles de animales y troncos, el doctor examinó el lugar donde estaba. Así fue cómo descubrió en una esquina al hombre de las manos huesudas que estaba moliendo unas hojas en un mortero. El hombre llevaba una larga túnica que cubría todo su cuerpo y una capucha que tapaba su cara. No obstante, el doctor sintió que lo estaba mirando.

— Hola — dijo con voz temblorosa — Gracias por curarme — el hombre no respondió — Yo me llamo Hugo Sanders y soy doctor naturalista. Me especifico en buscar medicinas naturales que sirvan de alternativa para curar las distintas enfermedades — el hombre seguía mudo — Déjeme decirle que hizo un trabajo asombroso con mi herida. No solo me curó sino que me siento más joven y lleno de vida. Gracias.

Por más que el doctor hablara, el hombre no respondía.

Cansado de estar acostado, el doctor se paró, casi sin dificultad, y comenzó a andar por la choza observando los frascos y vasijas. Todas las etiquetas estaban escritas en griego antiguo, por lo que no entendía a qué hacían referencia. Pero sin dudas existía un brebaje que debía ser mucho más importante que los demás ya que se

encontraba en una pequeña vasija de plata y oro encerrada con una cadena. Curioso, el doctor extendió su mano para alcanzarla, pero una de las manos huesudas se lo impidió apretando con fuerza su brazo. El contacto con esa piel fría y de un color grisáceo lo hizo estremecer.

— Esa nunca debe ser tocada por un simple mortal — su voz sonó más espectral que la primera vez.

— ¿Por qué? ¿Qué contiene? — se animó a preguntar el doctor.

— El elixir de la vida.

— ¿En serio? — el doctor no lo podía creer. Lo que había buscado toda su vida por fin estaba al alcance de su mano - ¿Puedo ver cómo funciona?

— Puede verlo al verse usted mismo. Usé un poco de elixir para curarlo. No tendrá vida eterna pero si vivirá un poco más, si es merecedor de eso.

— Esto es maravilloso — el doctor no salía de su asombro — Esto significaría un avance enorme para la medicina moderna. Se podrían curar enfermedades muy raras e incluso alargar la vida cuanto lo deseáramos. Es maravilloso. Necesito que me enseñe de dónde lo extrajo y cómo se prepara.

— No. La vida eterna no es para los mortales. Ellos deben envejecer y morir. Sino recuerde lo que le pasó a Titono por desafiar las leyes de los dioses.

El doctor no tenía ganas de escuchar viejas historias que nunca ocurrieron, pero tal vez así se ganaría la confianza del hombre y podría obtener un poco de elixir.

— No conozco esa historia. ¿Me la puede contar?

— La leyenda de Titono es una tragedia que demuestra lo que sucede cuando los hombres desafían a los dioses — el hombre hablaba pausado y sin inmutarse — Titono era un mortal hijo de Laomedonte, rey de Troya. Su belleza era deslumbrante y por eso Eos, diosa de la aurora, se enamoró perdidamente de él. Ella le pidió a Zeus que le concediera la inmortalidad a su amado Titono y el padre de los dioses accedió. Pero Eos olvidó pedirle a Geras, dios de la vejez, que mantuviera la juventud de su amado. Geras, que era inmisericorde con los mortales, no soportó esta situación y la tomó como una falta de respeto hacia su sabiduría. Como castigo hizo envejecer rápidamente al pobre Titono hasta convertirlo en un anciano marchito, con el cuerpo encogido y la voz quebrada. Eos sintió mucha lastima por su amado, que solo pedía morir, y lo ayudó enviándolo de vuelta a la tierra, pero no como hombre sino como un grillo. Desde entonces, Eos riega todas las mañanas con sus lágrimas la tierra, formando así el rocío. Y el pobre Titono grita con fuerza *Cri Cri*, pidiendo a Zeus que lo deje morir.

La historia había resultado interesante, pero el doctor no podía sacar de su mente la vasija con el elixir de la vida. Por eso, mientras el hombre se distrajo acomodando unos frascos, el doctor vertió un poco del elixir en una pequeña botella y la escondió entre sus ropas.

— Es una historia extraordinaria y me hizo entender que hay poderes que los hombres no de-

bemos manejar — el hombre asintió en silencio — Muchas gracias por todo pero ya debo irme — el doctor salió por la puerta pero antes de irse el hombre le lanzó una advertencia.

— Espero que tome buenas decisiones en su vida. Cualquier error le puede costar muy caro.

El doctor, confuso por la advertencia, asintió y se fue.

Cuando se encontraba lejos de la extraña choza, extrajo el frasco con el elixir y se lo quedó contemplando. Sabía que lo ayudaría a salvar millones de vidas y por eso era importante ir rápido a su laboratorio para estudiar su composición. Sin embargo, la curiosidad fue más fuerte y probó un trago del elixir. Al principio sintió que una energía renovadora recorría su cuerpo, pero al cabo de un rato la visión se le nubló y el piso comenzó a darle vueltas. Le ardía la frente, las piernas comenzaron a fallarle y cayó de rodillas al piso. Sentía que se desvanecía y con el último rastro de conciencia pudo observar al hombre que se acercaba con su túnica que solo dejaba al descubierto sus horrendas manos huesudas.

— ¿Qué... qué me hizo? — alcanzó a balbucear.

— Se lo dije. Los hombres no deben desafiar a los dioses. Y menos a un dios tan despiadado como yo.

Estas palabras fueron las últimas en resonar en los oídos del doctor antes que termine la metamorfosis. Después de eso solo pudo pasar el resto de su vida pidiendo a Zeus, con su canto incesante, que lo mate. *Cri cri.*

El griego y la montaña

Cuando era pequeño, mi abuelo, Petros Popopulos, siempre me contaba historias de su Grecia natal. Sus historias me fascinaban porque en ellas aparecían Dioses de la antigüedad, horribles monstruos de muchas cabezas, hombres con cabeza de toro y un sinfín de héroes que cumplían con asombrosas proezas. Pero la historia que más me gustaba era la que él mismo había protagonizado y es la que voy a contar a continuación.

Lo que les voy a narrar ocurrió hace mucho tiempo en una remota región al norte de África. Mi abuelo era un niño cuando se mudaron con su familia a una granja en algún lugar de dicha región. Él siempre fue muy curioso y se pasaba todo el día explorando las cercanías de la granja. Nadaba por los ríos en busca de tesoros sumergidos, paseaba por los bosques con su arco y sus flechas para tratar de cazar algún espécimen raro, escalaba altas montañas para ver todas las tierras desde arriba y sentirse el rey del mundo. Un día, en una de sus excursiones montañosas, se encontró con un anciano de larga barba blanca que presentaba un tamaño colosal (mi abuelo decía que medía más de diez metros, pero no confío en la percepción de un niño y en el recuerdo de un anciano). Se lo veía fatigado, los ojos cansados, el semblante triste y una mueca de odio se dibujaba en su boca. Además, sobre su gran espalda parecía recaer el peso de todo el

cielo. Mi abuelo se fue acercando de forma temerosa hacia el gigante. Al llegar a sus pies, tomó valor y lo saludó. El viejo lo miró con un solo ojo y le dedicó una sonrisa apagada.

— Hola — volvió a insistir mi abuelo — Yo soy Petros. ¿Usted cómo se llama?

— Atlas — contestó el anciano con una voz profunda que retumbó en todas las laderas de las montañas.

— Mucho gusto. Hace poco que nos mudamos con mi familia. A mí me encanta pasear, correr, explorar y escalar. A mi mamá no le gusta que yo ande haciendo estas cosas, dice que es muy peligroso. Pero yo me escapo y las hago igual — mi abuelo hablaba rápido y sin respirar. El anciano escuchaba en silencio — Le puedo preguntar algo. ¿Por qué está tan triste?

Atlas cerró los ojos y levantó la cabeza.

— No estoy triste. Estoy cansado.

— ¿Y por qué está cansado?

— Es complicado de explicar.

— ¿Y por qué es complicado de explicar?

— Porque sí — la curiosidad infantil estaba molestando a Atlas, que levantó la voz y la tierra se estremeció. Esto asustó a mi abuelo, quien lanzó un pequeño grito — Lo siento. No quise asustarte. Lo que sucede es que estoy tan solo en este lugar y no estoy acostumbrado a recibir visitas — mi abuelo le sonrió para confirmar que ya había superado el miedo — Te propongo algo. Si me vienes a visitar seguido, prometo contarte miles de historias fantásticas... Y también te contaré por qué estoy cansado...

— Hecho

Y así fue como el joven Petros visitó todos los días a su nuevo amigo, el colosal Atlas. Este le contó historias increíbles (que luego mi abuelo me transmitió a mí) sobre la creación de la tierra y el infierno, sobre los Dioses, sobre las guerras ancestrales; le contó sobre todo lo que sabía. Mi abuelo quedaba fascinado luego de cada historia y volvía día tras día para escuchar nuevas aventuras. El tiempo pasó y la amistad que unía a estos dos seres tan dispares fue creciendo.

Un día, el joven Petros se animó a preguntar a su amigo si le podía contar su propia historia. El viejo Atlas lo miró con dulzura.

— Creo que ya estás listo para saber mi historia — declaró satisfecho. Mi abuelo saltaba de alegría — Hace muchos, muchos años, mis hermanos y yo conformábamos una raza superior, conocida como Titanes, que gobernaba sobre todo lo conocido. Pero un día, un pequeño grupo de nuevos Dioses, encabezados por el joven Zeus, decidió desafiar nuestra autoridad. Así comenzó la gran batalla que luego se conoció con el nombre de Titanomaquia.

— Un momento. Entonces ¿usted se enfrentó con el gran Zeus, el Dios supremo? — mi abuelo no salía de su asombro.

— Así es — contestó Atlas con una sonrisa amarga.

— ¿Y qué paso?

— Nos derrotaron — dijo suspirando.

— Lo siento — mi abuelo se sentía mal al ver el sufrimiento en el rostro de su amigo y le acari-

ciaba con ternura una de sus enormes pies.

— Ya no importa.

— ¿Es por eso que estás tan triste?

— Ya vas a empezar con tus preguntas incómodas.

— Perdón... solo quería saber por qué estabas triste para poder ayudarte y que no estés mal.

— Gracias — contestó Atlas emocionado — hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por mí.

— De nada — contestó con risa juvenil.

— Demostraste ser un gran amigo, digno de mi confianza. Por eso te voy a contar toda la historia. Estoy triste porque luego de la derrota, Zeus encerró a mis hermanos en las más hondas profundidades del inframundo y a mí me condenó a la soledad de cargar sobre mis hombros todo el peso del arco del cielo. Y eso es lo que hice durante largos años — su voz sonaba muy cansada.

— Pobre. Debe ser terrible cargar con tanto peso. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Pero antes que Atlas pudiera contestar, se escuchó un grito de guerra y del espeso bosque apareció un hombre con una armadura, una espada y un bolso.

— ¿Quién osa venir a perturbar mi soledad? — tronó la voz de Atlas, quien con su pie tapó la presencia de mi abuelo.

— Soy Perseo, hijo de Zeus, y vengo a ofrecerte mi compañía y amistad, oh noble Atlas.

El Titán, recordando lo que le dijo un antiguo oráculo sobre un hijo de Zeus que vendría a robar las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, reaccionó con violencia.

— ¡Mentira! Tu eres un vil ladrón que busca las manzanas de oro, pero nunca las obtendrás mientras yo esté vivo.

— En ese caso — respondió tranquilo Perseo desenvainando su espada.

— ¡Alto! — grito mi abuelo saliendo de su escondite — No le haga daño. Yo le daré lo que pide.

— No, Petros...

— Tranquilo, amigo. Yo encontré la entrada al jardín hace tiempo y sé que algunas manzanas menos no se van a notar — luego dirigiéndose al héroe con voz infantil le pidió que no se moviera, que él ya regresaba.

En pocos minutos, Petros volvió con tres grandes manzanas de oro que entregó a Perseo.

— Ya tienes lo que buscabas, ahora vete y nunca vuelvas.

— De inmediato, noble Atlas.

Pero cuando Perseo quiso guardar las manzanas en su bolso, este resbaló de sus manos y cayó al piso, dejando al descubierto una horrible cabeza de mujer con serpientes en lugar de cabello. Mi abuelo estaba fascinado con esa cabeza que rodaba por el pasto y que pronto iba a quedar frente a frente con su cara. Atlas, aterrado, se apresuró a cubrir al niño con una de sus manos, mientras seguía sosteniendo todo el peso de la bóveda celestial con su mano restante.

— Cierra los ojos pequeños. Por nada del mundo se te ocurra mirar a Medusa.

Mi abuelo obedeció y se cubrió la cara con ambas manos. Por un momento reino el silencio en todo

el valle. Mi abuelo temblaba con el rostro tapado, hasta que escuchó la voz de Perseo.

— Tranquilo niño. Ya todo está bien.

— ¿Qué pasó? ¿Qué fue todo eso? — preguntó Petros abriendo los ojos y recobrando de a poco la visión.

— Eso fue un gravísimo error de mi parte y nunca me lo voy a perdonar. Lo siento mucho.

Mi abuelo no entendía que pasaba hasta que notó la mano gigante de piedra que lo cubría.

— ¡Ah! ¿Qué es esto? — gritó mientras corría hacia Perseo.

— Lamento decirte que esa escultura de piedra es el noble Atlas.

— No, no. No puede ser. Es mentira. Es mentira

— gritaba mi abuelo mientras lloraba y golpeaba el pecho del joven héroe.

— Me temo que es verdad — Perseo hablaba con pesadumbre — Veras pequeño, la cabeza de Medusa tiene la habilidad de transformar a quien la mire en piedra. Sin dudas, Atlas sabía de su poder y en un último acto heroico decidió sacrificarse para salvar tu vida.

— No. No es verdad — Petros lloraba desconsolado.

— Tranquilo. Todo va a estar bien. Ahora ven conmigo, te llevaré a tu casa — y tomando a mi abuelo entre sus poderosos brazos, surcó los cielos volando con sus sandalias aladas.

Mientras se iban, dejando atrás la estatua del Titán, Petros juraba en silencio visitar a su amigo todos los días.

Por largos años mi abuelo cumplió su juramento

y visitó la escultura de su amigo todos los días. Sin embargo, llegó el momento en que la familia Popopulos emigró a otras tierras y mi abuelo se vio forzado a separarse de su amigo. El tiempo pasó, Petros creció, hizo su vida y nunca más volvió a ver a su amigo... Hasta la semana pasada cuando yo, al cumplir su última voluntad, escale las cadenas montañosas ubicadas al norte de África, denominadas Cordillera del Atlas, para esparcir sus cenizas en el valle donde él pasó su niñez. Y fue grande mi sorpresa cuando escuché, mientras veía las cenizas volar entre medio de los picos nevados, una voz colosal que decía:
— Mi querido amigo... que gusto me da verte de nuevo... ha pasado mucho tiempo...
A partir de ese momento comencé a considerar que tal vez las historias que me contaba mi abuelo no eran solo eso, sino que eran verdaderas anécdotas de vida.

Palabras repetidas

Hoy escribo estas líneas para contarles la trágica historia de Eco. Ella era una ninfa del bosque que le gustaba jugar entre los árboles, vivía siempre alegre y cantaba hermosas canciones.

Un día recibió la visita del poderoso Zeus, quien con sus encantos y su autoridad convenció a la pobre Eco para que lo ayudara. Su tarea era sencilla: debía entretener a Hera, esposa de Zeus, con su elocuente charla para permitir así que el Dios del rayo pueda vagar por la Tierra y disfrutar de sus múltiples amantes. Esto no le gustaba para nada a Eco, pero sabía que no podía negarse, pues no quería despertar la cólera de Zeus. A partir de ese momento, Eco se pasó hora tras hora contándole historias a Hera o cantándole hermosas canciones. Al principio todo marchaba bien, pero al pasar el tiempo Hera comenzó a aburrirse de la compañía de la ninfa y quiso dejar de visitarla. Zeus se opuso rotundamente a que su esposa cortara la relación con Eco. Esto hizo sospechar a Hera. ¿Por qué Zeus, Dios de dioses, quería que su esposa frecuentara tan seguido a una insignificante ninfa del bosque? Las dudas comenzaron a crecer hasta que un día Hera descubrió toda la verdad. Enfurecida, hizo recaer toda la culpa sobre la pobre Eco y la castigó duramente: a partir de ese momento la ninfa no podría pronunciar palabra libremente y solo se limitaría a repetir las últimas palabras de lo que escuchara. Esto entristeció tanto a la pobre

ninfa que decidió ocultarse en lo profundo del bosque para esconder así su vergüenza.

Pasaron los años y Eco vivió en paz y armonía junto a los animales y las plantas, llevando una vida alejada de dioses embusteros y vengativos. Sin embargo, un día mientras recogía bayas silvestres, vio aproximarse a una persona por el sendero. Su primer instinto fue huir y perderse entre los frondosos árboles, pero algo la detuvo. Lo que sucedió es que el hombre que se acercaba hacia ella era dueño de una belleza sin igual. De inmediato Eco quedó perdidamente enamorada del extraño viajero. No podía salir de su asombro cuando el hombre la saludó con una sonrisa. Ella se sonrojó completamente y bajó la vista. El hombre se fue acercando y ella comenzó a temblar. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podía expresarle todo lo que sentía? Eco se debatía si huir y abandonar al amor de su vida, o quedarse y afrontar las consecuencias de su desgracia. Se decidió por lo segundo, con plena confianza de que podría manejar la situación. Sin embargo, todas sus esperanzas se derrumbaron cuando el hombre se presentó diciendo que se llamaba Narciso y le preguntó su nombre. Ella abrió la boca para contestarle (en su mente ya tenía pensada cada palabra que iba a decir) pero de sus labios solo salieron las mismas palabras que él acababa de pronunciar. Narciso la miró confuso y le preguntó por qué repitió lo que él había dicho. Pero por más que Eco luchó contra sí misma, de sus labios volvieron a salir tan solo las mismas palabras pronunciadas anteriormente por Narciso,

quien la seguía mirando confundido. Eco, desesperada, le pidió ayuda a sus amigos del bosque y después de muchos intentos pudieron hacerle entender a Narciso qué era lo que sucedía y lo que ella sentía por él. Eco lo miraba con la llama del amor y la ilusión en sus ojos, pero solo recibió burlas y una horrible risotada por parte de su amado Narciso. Muy dolida, decidió esconderse en una oscura cueva para nunca más ser vista. Y así pase muchísimos años, escondida de todo ser; sin recibir la cálida luz del sol, sin disfrutar de la suave brisa, sin tocar con mis pies descalzos la fina hierba, sin probar los dulces frutos de la naturaleza... Sola en esta inmundicia cueva... La única visita que tengo es la de Aclis, diosa del sufrimiento y maestra de los venenos, que viene a regocijarse con mi dolor. Al principio no nos llevábamos bien y muchas veces la eché arrojándole piedras. Sin embargo, es la única que viene a visitarme. Por eso con el tiempo comencé a considerarla una “amiga”. A través del lenguaje de señas le conté mi triste historia. Al escucharla ella se sintió muy mal por mi desgracia y prometió ayudarme hablando con Némesis, diosa de la venganza, para que castigue a Narciso por el mal que me causó a mí y a muchas otras. Ahora debe estar por venir para contarme que cumplió con su promesa, pero lamentablemente yo no voy a estar más... Por eso escribí estas líneas, para que mi historia jamás sea olvidada y para despedirme de mi “amiga” Aclis... lo único que espero es que el veneno que robé de su bolso sea efectivo...

Cuando Aclis llegó a la cueva encontró que el cuerpo de Eco yacía en el piso húmedo con esta carta en su mano. Le habló para intentar despertarla pero solo escuchó sus palabras devueltas en la oscuridad, y así entendió que aunque la sangre ya no corra por sus venas, el castigo sigue y Eco tendrá que repetir las palabras de los demás por toda la eternidad.

Nadie te ha herido

Un día un joven que se dedicaba a recorrer las tierras griegas en busca de historias de la antigüedad, llegó hasta una remota isla que tenía la particularidad de que sus habitantes varones eran totalmente ciegos. Estos hombres eran colosales, tenían una gran fuerza y eran unos excelentes artesanos y constructores (a pesar de su falta de visión). Sin embargo, tenían un muy mal carácter y cuando el joven se acercaba para hablarles, lo echaban gruñéndole. El pobre joven, desilusionado porque pensó que allí podría escuchar historias fantásticas como las que le contaba su abuelo, estaba a punto de partir cuando un anciano lo detuvo. Excusándose por el comportamiento huraño de sus compatriotas, le ofreció al joven hospedarse en su casa y así escuchar las historias que él tenía para contarle. El joven, recuperando el júbilo en su rostro, aceptó gustoso.

Mientras caminaban por el bosque hacia la casa del anciano, este le contó que él era el padre de todos los habitantes de la isla y que todos habían heredado su maldita condición (tocó los grandes lentes negros que cubrían casi toda su cara). El joven contestó que lamentaba oír eso, pero el anciano le respondió que no se preocupara, que uno se acostumbraba rápido.

Al llegar a la casa, comieron un banquete abundante y luego de descansar un par de horas, el anciano comenzó a narrar miles de historias. Le

habló sobre monstruos mitológicos, sobre antiguos reyes y sobre poderosos dioses. El anciano sabía mucho sobre estos temas y los relataba tan bien que al escucharlo parecía como si uno viviera dicha historia. El joven se sentía como cuando era niño y su abuelo le contaba las historias vividas en sus viajes por esos mismos mares.

El anciano, algo cansado de estar todo el día hablando, le propuso al joven dar una vuelta. Caminaron por los alrededores de la isla, admirando su hermoso paisaje y vegetación. Al llegar a una gran cueva en el punto más alto de la montaña, el anciano se detuvo. Sonriendo le informó al joven que allí había ocurrido una de sus historias favoritas. El joven emocionado le pidió que se la contara.

El anciano le relató que mucho tiempo atrás esa isla fue habitada por una raza poderosa conocida como Cíclopes, que surgieron cuando unas gotas de sangre cayeron sobre Gea mientras Urano era castrado por su hijo Cronos. Estos Cíclopes eran monstruos colosales, de gran fuerza y muy habilidosos para la construcción. Pero sin dudas su rasgo distintivo era que poseían un solo ojo en medio de la frente. El joven contestó que conocía a estos seres ya que su abuelo le había contado algo cuando era pequeño, pero no recordaba bien la historia. El anciano pareció no escuchar su comentario y siguió con el relato. Un día llegaron unos hombres a esta misma cueva y se comieron toda la comida que se encontraba guardada, sin pensar que pertenecía a un fuerte Cíclope llamado Polifemo. Este los encerró y

se los fue comiendo uno por uno. Al escuchar esto, el joven se estremeció y comenzó a decir que sería mejor volver ya que se estaba haciendo de noche, pero el anciano parecía hipnotizado y volvió a desoír sus palabras. Siguiendo con su relato, le contó que entre los prisioneros había un hombre muy astuto que engañó al pobre Polifemo y luego de emborracharlo le clavó una lanza en el ojo dejándolo ciego para siempre.

La voz del anciano tronó cuando se sacó los lentes oscuros para dejar al descubierto un horrible ojo mutilado en medio de la frente. El joven quedó paralizado ante tan horrenda visión y nada pudo hacer para defenderse ante el certero ataque del anciano, que con un solo golpe de la espada que llevaba escondida en su bastón cortó los dos ojos del joven. El pobre muchacho se retorció del dolor mientras la sangre brotaba de sus ojos mutilados. El anciano riendo le dijo:

— Ahora marcha y cuéntale a tu abuelo, Odiseo, que *Nadie* te ha herido.¹

1 El canto IX de la “Odisea” escrita por Homero, cuenta que cuando Polifemo le pregunta su nombre, el astuto Odiseo le responde que se llama *Nadie*. Así, cuando lo hiere en el ojo, el pobre Polifemo pide ayuda gritando que *Nadie lo ha herido*. Al escucharlo, los demás Cíclopes piensan que se volvió loco o que fue maldecido por algún Dios, por eso no intervienen en su ayuda y Polifemo queda ciego para siempre

El gigante de bronce

Luego de un largo viaje, un padre y su hijo llegaron a la isla de Creta. Al desembarcar se dirigieron hacia la punta más alta de la isla. Mientras el padre contemplaba el horizonte en silencio, el niño jugaba en la tierra.

— Papi ¿Por qué vinimos acá?

— Porque esta es la tierra de tus ancestros.

— Ah — contestó el niño y siguió haciendo un pozo con sus manos.

Luego de un rato, el padre se sentó al borde del acantilado y le hizo señas al hijo para que se sentara a su lado.

— Te voy a contar una historia muy interesante sobre esta isla — el niño se acurruco debajo de su brazo — Es sobre Talos, un gigante que hace mucho siglos era el encargado de custodiar todo este terreno. ¿Querés escucharla?

— Si — contestó el niño alegre.

— Pero para contarte la historia de Talos tengo que irme aún más atrás en el tiempo y contarte primero la historia de otra isla de la antigüedad llamada Rodas. En un principio esa isla era habitada por una raza extraña, con cabezas de perro y aletas de pez, llamada Telquinos. A estos seres híbridos se les reconoce varios poderes como el de destruirte con la mirada o crear fuego y azufre con encantamientos de las aguas del río Estigio — el niño se acurrucó aún más en el brazo protector del padre — Estos hechizos molestaron a los dioses que castigaron a los Telquinos

enviando un diluvio que hundió su isla, haciéndolos emigrar hacia otros lugares. Así fue que llegaron los primeros habitantes a Creta. Luego de muchos años, los Telquinos harían las paces con los dioses al ayudar a Rea ocultando a Zeus de su padre Crono y así evitar que este lo comiera. Los Telquinos hicieron tan bien su trabajo que fueron recompensados por Rea haciendo que su hijo Poseidón, dios de los mares y los océanos, haga reemerger su antigua isla. Ellos agradecieron el buen gesto de la diosa, pero prefirieron quedarse donde estaban. La isla quedó desierta por mucho tiempo hasta que fue ocupada por Helios, dios del sol, quien se casaría con la ninfa Rodo, hija de Poseidón y la ninfa marina Halia. De ahí tomó su nombre la isla de Rodas. ¿Hasta acá vas entendiendo?

— Sí... un poco — contestó el niño rascándose la cabeza - ¿Pero qué tiene que ver todo esto con Talos?

— Ya va, ya va. No te impacientes — dijo el padre sonriendo — Muchos años después de esto, Zeus tuvo un amorío con una mortal llamada Europa y la raptó trayéndola a esta isla disfrazado de toro.

— ¿De toro? ¿Cómo es eso posible?

— Todavía eres muy chico para entender, pero Zeus solía tomar la forma de distintos animales para seducir a las mortales. Pero esas historias te las contaré cuando seas mayor — dijo revolviendo su rizado cabello — Por el momento lo que debe interesarte es que de la unión de Zeus y Europa nacieron tres hijos, siendo el más im-

portante Minos ya que se transformaría en rey de Creta.

— ¡Guau! ¿Entonces descendiendo de un rey?

— No exactamente — contestó el padre con una amplia sonrisa — Y no te adelantes a la historia. Cuando Minos llegó a ser rey, pidió a Zeus que lo ayudara a proteger su reino. Entonces Zeus ordenó a su hijo Hefesto, dios del fuego y la forja, que construyera a un gigante de bronce para que protegiera la isla. Así fue que nació Talos.

— Por fin — dijo el niño abriendo grande los brazos - ¿Y cómo era?

— Como Hefesto le estaba muy agradecido a Helios, por un favor que le hizo, *[el padre hace referencia a que Helios, que todo lo ve, le contó a Hefesto que su esposa Afrodita le estaba siendo infiel con Ares, dios de la guerra. Sin dudas este tramo de la historia no es apto para niños, por eso el padre decidió obviarla]* forja un gigante a su imagen y lo llama Talos ya que en dialecto cretense significa *Sol*.

— ¿Y qué tenía que hacer Talos?

— Su tarea era primordial: debía dar vueltas a la isla para evitar que los extranjeros se acerquen y que los habitantes no puedan salir de ella sin permiso del rey.

— ¿Y qué pasó con él?

— Fue asesinado.

— ¿Cómo?

— Talos estaba hecho de bronce y era muy fuerte, casi indestructible. Pero tenía un punto débil: una pequeña vena que comenzaba en su cabeza, recorría todo su cuerpo y terminaba en su ta-

lón, agarrada con un clavo. Por ella recorría el icor, que es el mineral que compone la sangre de los dioses. Cuando Jasón llegó a Creta con sus argonautas, Talos no los quiso dejar pasar. Entonces Jasón acudió a la hechicera Medea, quien hipnotizó a Talos para que se quitara el clavo. Así el icor se derramó de su cuerpo y el gigante pereció.

— ¡Qué triste! — exclamó el niño angustiado.

— Sí, muy triste. Pero allí no termina la historia de Talos.

— ¿Ah no?

— No, hijo. Muchísimos años después, los rodios sufrieron el asedio de Demetrio, el conquistador de ciudades. Pero pudieron mantenerse firmes y con la ayuda de Ptolomeo I repelieron a los invasores. Para celebrar la victoria, los rodios le pidieron a Cares de Lindos que creara una enorme estatua de bronce en honor al dios Helios. El pobre Cares intentó la hazaña pero rápidamente se quedó sin dinero ni recursos. Desesperado, pidió ayuda el mismo Helios, quien habló con Hefesto para pedirle el cuerpo maltrecho de Talos. Este aceptó dárselo y Helios se lo entregó a Cares para que lo reconstruyera y lo presentara como su estatua. Así fue como nació el Coloso de Rodas, considerada una de las siete maravillas del mundo antiguo y protector de las puertas de la isla.

— ¿Entonces Talos pasó de ser un semidios a ser una simple estatua?

— No, hijo. Puede ser que Talos ya no podía moverse, pero su mirada y su rugido aún infundían

el miedo suficiente para alejar a los invasores.

— ¿Y qué pasó con él?

— Un terremoto lo destruyó.

— Qué lástima, me hubiese gustado conocerlo.

— Lo conoces — contestó el padre revolviendo nuevamente la cabellera de su hijo — Cuando el Coloso cayó, los habitantes de la isla decidieron dejar las ruinas en su lugar, pero al llegar las invasiones musulmanas, dismantelaron al gigante para robar su bronce. Así, las partes se fundieron y se perdieron en el tiempo. Sin embargo, cuenta la leyenda que Hefesto pudo recuperar el corazón de bronce del gigante y se lo regaló a un cretense que pidió su ayuda para salvar a su hijo que se estaba muriendo. Con este simple acto, Hefesto salvó la vida del niño y creó a la única descendencia de Talos.

El niño se paró y miró el horizonte. Tenía el semblante serio y con su mano derecha tocaba la cicatriz de su pecho.

— Papi, puedo preguntarte algo. ¿Por qué después de nuestra llegada a la isla la tierra comenzó a temblar, el mar se agitó y los barcos con banderas de otros países desviaron su curso?

El padre lo miró con ternura y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

— Fácil, hijo. Porque el Coloso está de nuevo en casa.

Dormir o morir

El abuelo acomodó a sus nietos en las camas, pues ya era hora de dormir. Pero los inquietos niños no querían descansar y seguían jugando y saltando arriba de sus camitas. El abuelo los retó con dulzura.

— Vamos mis niños, a acostarse que ya es hora de dormir. No querrán que Nyx venga con sus hijos y los encuentren despiertos ¿no?

— ¿Nyx? ¿Qué es eso? — preguntaron al unísono los dos nietos.

— ¿Acaso no conocen la historia de Nyx? — ambos negaron con la cabeza — Está bien, se las contaré. Pero después me tienen que prometer que van a dormir. ¿Quedo claro?

— Sí — gritaron ambos.

— En el principio de todos los tiempos solo existía el Caos (o la nada) y de él surgieron los dioses primordiales que luego darían lugar a los demás dioses.

— ¡Qué aburrido! — protestó el nieto — Esto no es un cuento real, es solo una aburrida clase sobre la historia de tu amada Grecia.

— Jovencito, no te permito que me faltes el respeto así — lo reprendió el abuelo.

— Perdón — respondió el nieto cabizbajo.

— Además, la mitología no es aburrida. Son las historias de nuestros antepasados y, aunque no lo creas, en verdad sucedieron.

— Yo sí quiero seguir escuchando tus historias, abu — contestó la dulce nieta.

— Me gusta ver ese entusiasmo — dijo el abuelo mientras revolvía el cabello de la pequeña — Como les decía, los primeros dioses, surgidos del Caos, fueron Gea (la madre Tierra), Eros (dios del deseo), Tártaro (un gran pozo de oscuridad bajo la tierra que representa al inframundo), Erebo (dios de la oscuridad) y Nyx (diosa de la noche).

— Esa es, esa es la que vos dijiste abu — gritó la nieta aplaudiendo.

— Así es pequeña, muy atenta.

— ¿Y qué tiene de maravillosa esta diosa? — preguntó el nieto con tono de incredulidad.

— Ella fue una de las diosas más poderosas de la antigüedad y madre de muchos dioses. Pero sin dudas sus hijos más importantes eran los gemelos Hipnos y Tánatos.

— ¿Gemelos como nosotros? — preguntó la nieta.

— Exacto.

— ¿Y qué poderes tenían? A mí me encantaría tener el poder de volar — dijo la nieta mientras fingía un poderoso vuelo con una capa improvisada con la sábana.

— Ja Ja. No mi niña. Los dioses tienen otras clases de poderes.

— ¿Y cuáles eran los poderes de los gemelos?

— Hipnos es el dios del sueño, mientras que su hermano Tánatos es el dios de la muerte tranquila. Cuenta la leyenda que todos los días, al esconderse el sol, desde las profundidades del inframundo sale Nyx en su oscura carroza acompañada siempre de sus hijos Hipnos y Tánatos. Ellos visitan a todo aquel que no se quiera dormir y entre los hermanos se debaten quien se

lleva a cada persona. Si gana Hipnos, entonces serás llevado al mundo de los sueños al aspirar el humo de su cuerno de opio y luego te dará de beber el rocío de un talo de amapola del río Lete para que olvides todo. Si en cambio gana Tánatos, te recostaras en la cama y caerás en un profundo sueño, y solo despertarás cuando te encuentres en el inframundo.

— ¡Qué miedo! No dejes que los monstruos me lleven, abu — gritó la niña mientras cubría su cabeza con la sábana.

— No te preocupes, mi niña. Nada malo va a pasarte.

— No seas tonta. No te das cuenta que solo son tonterías. Nada de esto paso. Solo son mentiras — dijo el nieto escéptico.

— Hablas igual que mi hermano. Él tampoco creía estas historias cuando éramos pequeños, hasta que un día... — el abuelo se detuvo. Tenía un nudo en la garganta y los ojos llorosos.

— ¿Qué hermano? Si mamá siempre nos dijo que eras hijo único.

— No siempre... Hace mucho tiempo tuve un hermano gemelo...

— ¿Gemelo como nosotros? — preguntó la nieta con dulzura.

— Así es — sonrió sin ganas.

— ¿Y qué pasó? ¿Por qué nunca nadie nos dijo nada?

— Desapareció hace mucho tiempo... — la tristeza se reflejaba en su voz quebradiza. Luego, consultando su reloj dijo: — Miren la hora que es. Vamos a la cama. Mañana les contaré más

historias.

El abuelo acostó a los nietos, les dio un beso y salió de la pieza apagando la luz. Luego se dirigió a su cuarto con una botella de whisky. Mientras tomaba unos vasos, miraba un viejo álbum de fotos en donde se podía observar a dos niños idénticos jugando en una plaza. Contemplando esta imagen en blanco y negro, se quedó dormido en el sillón.

Dormía profundamente hasta que un ruido extraño lo despertó. Refregándose la cara para salir de su estado de somnolencia, se dio cuenta que el ruido provenía de la ventana y que alguien la estaba golpeando. Esto lo sobresaltó ya que él vivía en el décimo piso. Se apuró a correr las cortinas y del otro lado vio a un joven con alas que le sonreía y le hacía señas para que le abra. El hombre obedeció sin decir palabras.

— Hola mi viejo amigo. ¿Te acuerdas de mí? — el hombre asintió en silencio — Hace muchos años yo gané la partida y pude llevarte a la tierra de los sueños; pero me temo que esta vez te toca irte con mi hermano.

— Estuve esperando este momento toda mi vida... Estoy listo — contestó el hombre con firmeza.

— Muy bien — dijo Hipnos sonriendo — Creo que hice bien en no borrarle la memoria aquella vez, así podrías disfrutar mejor este momento. De la ventana abierta apareció un joven igual al primero pero con una larga barba blanca. Agarrado de su mano había un niño. Al verlo, el hombre empezó a llorar y lo abrazó emocionado.

— ¡Adonis! No puedo creer que seas vos. Te extraño tanto.

— Sí, soy yo hermano. Y también te extraño mucho.

— Es hora de irnos. Nuestra madre nos espera — sentenció Tánatos con voz sepulcral.

Así, los cuatro gemelos (los dos dioses y los dos mortales) subieron a la oscura carroza de Nyx para perderse en lo más profundo de la tierra.

El lamento del árbol

Era un día soleado como cualquier otro. Yo me encontraba jugando con mis amigos en el parque cuando un viejo, sentado bajo la sombra de un gran árbol, nos llamó. Cuando nos acercamos nos preguntó si queríamos escuchar una historia fantástica. Nosotros, fanáticos de las historias de este tipo, aceptamos encantados. Nos sentamos en ronda alrededor del viejo, que luego de chupar tres veces su pipa comenzó la narración. *Cuenta la leyenda que hace muchos años, en una región olvidada del mundo antiguo, vivió una mujer muy hermosa cuyos ojos verdes eran la perdición de miles de hombres. Incluso algunos dioses habían caído rendidos a sus pies, entre ellos el poderoso Zeus. No obstante, esta mujer se había consagrado a una vida casta en uno de los templos de Artemisa, diosa de los nacimientos y de la caza, protectora de la virginidad y de las doncellas.*

La mujer vivía tranquila en el templo, hasta que una noche se le presentó la personificación de Artemisa y le dijo que estaba tan contenta con su devoción que iba a recompensarla con un magnífico regalo: el don de la maternidad. La mujer, confundida, le preguntó cómo podía ser eso posible si ella era virgen y no quería estar con ningún hombre. La diosa le contestó que no tendría de que preocuparse; mientras ella descansara a los pies de su templo, engendraría miles de hijos. Durante los días siguientes, la mujer se recostó

en el frío piso del templo de Artemisa a la espera del milagro. Lo que ella no sabía era que había sido engañada por Zeus, quien se había hecho pasar por Artemisa para controlar así a la mujer y poder tener relaciones con ella todas las noches. El tiempo pasó y la mujer dio a luz a miles de hijos, que por su descendencia olímpica y mortal eran considerados semidioses. Los hijos crecieron y se transformaron en formidables guerreros, dueños de una habilidad y una fuerza sin igual. Un día estalló una feroz guerra en dicha región y los hijos de la mujer partieron para luchar por su patria. Ella, preocupada por el bienestar de sus hijos, se dirigió al templo de Artemisa a pedir su ayuda. Pero al llegar, se le volvió a aparecer la personificación de la diosa y la recibió con total hostilidad, acusándola de que ella no era digna de pisar ese templo ya que no era virgen. La mujer salió corriendo del lugar y se internó en el bosque. Caminó durante días hasta encontrarse con un antiguo oráculo. Allí consultó sobre el futuro de sus hijos y el oráculo le dijo que sus hijos eran semidioses y nada malo les podía pasar; excepto que Hera, diosa de la maternidad y esposa de Zeus, se enterara de su existencia. Confundida, la mujer preguntó por qué Hera no debía enterarse de la existencia de sus hijos. Entonces el oráculo le reveló la oscura verdad: que ella fue engañada por Zeus para poder poseerla y así engendrar miles de guerreros. Asustada por la ira de Hera (famosa por ser muy celosa y castigar severamente a las amantes de su esposo), la mujer salió corriendo y se escondió en lo profundo del bosque,

pensando que allí su secreto estaría a salvo. Sin embargo, una de las ninfas del bosque escuchó la oscura verdad y no tardó en contarle todo a Hera. La diosa, extremadamente furiosa, bajó a la tierra en busca de venganza. Por suerte para la mujer, otra ninfa le contó todo lo sucedido a Artemisa, que de inmediato acudió para salvarla. La diosa le dijo a la mujer que no podría aplacar la ira de Hera, pero por lo menos podría esconderla si ella lo deseaba. La mujer, temblando al escuchar los gritos de Hera, aceptó. Entonces Artemisa la convirtió en un árbol.

Cuando Hera llegó y preguntó dónde estaba la maldita amante de su esposo, Artemisa le contestó que jamás la encontraría ya que la había transformado en un árbol que habitaba ese frondoso bosque. Hera explotó en cólera y juró una cruel venganza: ninguno de los hijos de la mujer volvería vivo de la guerra y ella misma quedaría convertida en un árbol maldito, sin poder dar frutos nunca jamás. Al escuchar esas palabras, la mujer se entristeció y sus ramas se cayeron. Y así permaneció el árbol por siempre, incapaz de dar frutos y con esa expresión de tristeza en sus ramas.

Al terminar la historia, el viejo volvió a chupar tres veces la pipa y sonrió satisfecho. Algunos de mis amigos no creyeron ni una palabra de lo que dijo y lo trataron como un viejo loco. Yo por mi parte, siempre que veo un Sauce Llorón me acerco y lo abrazo, para calmar así el dolor de la pobre mujer.

Cielo y estrellas

— Más, cuéntame más padre. Quiero saber todo sobre las estrellas — el muchacho se encontraba extasiado. El padre lo miró sonriendo y luego posó sus ojos en el firmamento.

— Esa. ¿Ves ese cúmulo de estrellas que está allá? — dijo señalando con un dedo. El muchacho asintió — Esa es Capricornio y su historia es muy interesante.

— Cuéntame, cuéntame — suplicó el muchacho.

— Según la mitología, durante la Titanomaquia (guerra entre los dioses y los titanes), Pan, semidiós con patas de carnero y cuerpo de hombre y protector de los pastores y rebaños, fue el primero en advertir a los dioses sobre la presencia de los titanes. Después quiso huir a través del río Nilo, pero la metamorfosis falló y solo mitad de su cuerpo se convirtió en pez mientras que la otra mitad quedó con su forma de carnero. Luego de la batalla, Zeus regresó a Pan a su estado normal pero decidió crear una constelación en honor a su valor durante la batalla. Así nació Capricornio.

— Con razón tiene esa forma tan rara.

— Así es.

— ¿Y cuál es la historia de los otros signos? ¿Son interesantes?

— Todas son muy interesantes. Por ejemplo ahí tenemos Acuario que cuenta el mito del hermoso Ganimedes. Según la leyenda, Ganimedes fue uno de los hijos de Tros, rey que dio su nom-

bre a la ciudad de Troya. Su belleza era tal que deslumbró al mismísimo Zeus, quien transformándose en águila lo raptó y lo llevó al Olimpo para convertirlo en su amante y copero de los dioses. Todos quedaban admirados al ver la belleza del muchacho. Todos menos Hera, la esposa de Zeus, quien odiaba tanto a Ganimedes que descargó todo su furia contra los troyanos en la guerra que acabó con su reino. Sin embargo, ni el odio de Hera pudo aplacar el amor que Zeus sentía por Ganimedes y en su honor creó una constelación que represente al copero: Acuario.

— ¡Guau! Nunca me lo hubiese imaginado. Otra, otra.

— A ver... esa ahí. ¿La ves?

— ¿Cuál? ¿La que parece dos peses?

— Exacto. Esa es Piscis y representa cuando Afrodita, diosa del amor, y su hijo Heros tuvieron que ocultarse del colosal Tifón transformándose en peces y escondiéndose en el río Éufrates.

— ¿Y esa ahí? La que parece un carnero.

— Muy bien, eso es lo que representa: el carnero alado que Zeus envió para salvar a los hermanos Frixo y Helle de las garras de su malvada madrastra. Luego Frixo mató al carnero en honor a Zeus y su piel se transformó en el famoso vellocino de oro que buscaban Jasón y los argonautas. Esta es la historia de Aries.

— ¡Guau! Tú sí que sabes, padre. Cuéntame más.

— Mmm...a ver. Esa. La que tiene forma de toro.

— ¿Cuál? No la veo...

— Esa ahí. fijate que se distinguen bien los cuernos y todo.

— Ah sí. Ahí la veo. ¿Cuál es su historia?

— Esa es Tauro y su historia es uno de los mitos más famosos. Todo comenzó cuando Zeus, disfrazado de un hermoso toro blanco, cautivó a la princesa fenicia Europa y la secuestró hacia la isla de Creta. Allí tuvieron tres hijos, siendo el más importante Minos, que luego se transformaría en rey de dicha isla. Pero Minos cometió un error enorme al no rendirle la merecida ofrenda a Poseidón sacrificando a su mejor toro, causando la ira del dios de los mares que lo castigó haciendo que su esposa Persífae se enamorara perdidamente del toro de Creta. De esta unión nació el temible Minotauro, un ser feroz con cuerpo de hombre y cabeza de toro. Como vez hijo, el toro es muy importante en la mitología.

— Ya lo creo. ¿Y esa otra?

— Esa es otra que tiene una historia fascinante. Es la constelación de Géminis y fue creada por Zeus para conmemorar a los gemelos conocidos como los Dioscuros.

— ¿Dioscuros? ¿Qué es eso?

— Cuenta la leyenda que Leda fue embarazada en el mismo momento por el rey Tíndaro de Lacedemonia y por Zeus disfrazado de cisne. De esos embarazos nacieron dos gemelos: uno mortal llamado Cástor y otro inmortal llamado Pólux. Estos hermanos se conocieron como los Dioscuros y eran grandes guerreros. Cástor era muy hábil con los caballos y Pólux era muy bueno en el combate cuerpo a cuerpo. Estos hermanos raptaron a las hijas de Leucipo, príncipe de Mesenia, y se casaron con ellas. En venganza,

Idas y Linceo, sobrinos del príncipe, mataron a Cástor. Pólux, que era inmortal, pidió a Zeus que también concediera esta condición a su hermano. Desde entonces, uno de los gemelos disfruta de la vida en el Olimpo mientras que el otro sufre como un alma en pena en el inframundo. Luego de una temporada cambian los roles.

— Eso sí que es querer a tu hermano — el padre sonrió por la elocuencia de su hijo - ¿Cuántas faltan?

— Recién vamos por la mitad. ¿Ya te cansaste?

— Para nada. Solo quería saber. Continúa por favor.

— Bueno, veamos. Esa que está ahí es Cáncer. La historia cuenta que Hera, quien odiaba a Heracles por ser el hijo bastardo de Zeus, envió a un poderoso cangrejo para matarlo mientras luchaba con la Hidra de Lerna. Sin embargo, Heracles era tan fuerte que acabó con ambos monstruos. Hera, sintiéndose culpable por el trágico final que sufrió el cangrejo, decidió recompensarlo con una constelación en su honor.

— ¡Qué orgullo! ¿Y esa otra que está más allá?

— Ah esa el Leo y como te imaginarás representa al poderoso León que asolaba la región de Nemea. Dicen que su piel era más dura que el acero. Nadie podía combatirlo, hasta que Heracles lo estranguló con sus poderosas manos y le sacó la piel para usarla como protección. Esto le valió al león brillar en los cielos como una constelación.

— A mí me encantaría tener esa armadura así nadie me lastimaría y sería invencible — el padre lo

miró y sonrió. Su muchacho crecía fuerte y sano; tal vez algún día se convirtiera en héroe.

— Mira allí. ¿Ves ese gran cúmulo de estrellas?

— el muchacho asintió — Esas son dos constelaciones que están emparentadas: Virgo y Libra. Ambas hacen referencia a Astrea, diosa de la justicia. Ella era una titánide, hija de Temis y Zeus, que se encargaba de portar los rayos de este último. La leyenda dice que Astrea fue la última diosa en vivir entre los mortales y que Zeus la recompensó por su lealtad elevándola a los cielos y permitiéndole mantener su virginidad. Así nacieron Virgo, que representa a la diosa, y Libra, que no es otra cosa que la balanza que Astrea porta en sus manos para impartir justicia en el mundo.

— ¡Ah! ¿Y esa grande que se ve ahí abajo?

— Esa es Escorpio que sale por un lado del horizonte mientras Orión se esconde por el lado opuesto — el muchacho lo miró confuso — La historia cuenta que el gigante Orión vio desnuda a Artemisa, diosa de la caza, y quedó enamorado al instante. Desde ese momento la persiguió noche y día, queriendo poseerla en varias ocasiones. Apolo, hermano de Artemisa y encargado de proteger su virginidad, se enfadó mucho con Orión y envió un gran escorpión para que lo picara. Así el animal inyectó su veneno en el gigante provocándole la muerte. Zeus los elevó a ambos al cielo para recordar esta escena, pero los colocó en los puntos extremos del firmamento. Así cuando Escorpio asoma por el oriente, Orión se esconde por el occidente.

— Que historia más interesante. ¿Fue la última?

— al muchacho se lo notaba inquieto.

— Ya sé que nos queda poco tiempo — contestó el padre con un semblante duro y triste — pero todavía falta una historia y es la de esta constelación que tenemos encima de nuestras cabezas. Se llama Sagitario y hace honor al centauro Quirón, hijo de Crono y Fílira. Quirón era un ser que presentaba forma humana en la parte superior y forma de caballo en la parte inferior (esto debido a que Crono se disfrazó de caballo para poder estar con Fílira sin que se entere su esposa Rea). Quirón era muy inteligente y de buen corazón. Además, fue un gran maestro de la música, el arte, la caza y la medicina. Él fue el maestro de grandes héroes como Jasón, Aquiles, Peleo, Teseo, los Dioscuros, Eneas, Heracles, entre otros. Lamentablemente encontró la muerte cuando Heracles lo lastimó con una flecha envenenada con la sangre de la Hidra por error. Como Quirón no podía morir pero el dolor que sentía era tan grande, cedió su inmortalidad al titán Prometeo y falleció. Como recompensa fue elevado a los cielos para formar la constelación de Sagitario. Y eso es todo... ¿Te gustaron las historias?

— ¡Me encantaron! Siempre me encanta escuchar tu voz — dijo el hijo con voz alegre, aunque poco a poco fue cambiando su semblante por una cara triste. Al fin se animó a hablar — Te extraño papá...

— Yo también te extraño mi pequeño Heracles — ambos se fundieron en un abrazo y comenzaron a llorar.

Anfitrión se despertó todo transpirado. Ya es la tercera vez en la semana que tiene un sueño parecido. Se levantó y salió de su casa para contemplar el firmamento. Entre las miles de estrellas, hay unas que brillan más. Anfitrión las miró y sonrió.

— Sabía que serías un gran héroe y que los dioses te recompensarían elevándote al cielo. Aunque para mí siempre fuiste la luz que iluminaba mi cielo.

Sonrió, agachó la cabeza y volvió a su pequeño hogar.

La otra cara de la moneda

Me da mucho gusto volver a verlos. Como les dije la primera vez que nos encontramos, los mitos no son como en realidad les contaron. Ya les conté sobre el caso de Hades y Perséfone, una hermosa historia de amor. Ahora les voy a contar sobre otra encantadora historia de amor, pero esta tiene un final trágico. Esta es la historia de Medusa

Todos conocerán el mito de Medusa. Ella era una hermosísima sacerdotisa del Templo de Atenea. Debido a su belleza era pretendida por miles de hombres y también por muchos dioses. Sin embargo, ella permanecía consagrada a la castidad. Hasta que un día fue brutalmente violada por Poseidón, dios del mar. Atenea culpó de todo a la pobre Medusa y la castigó cambiando su hermoso cabello por horribles serpientes y transformó su mirada cautivadora en una mirada maldita ya que cualquiera que posara sus ojos sobre ella se convertiría en piedra.

Desde ese momento Medusa vagó por la Tierra transformando a todo aquel que osaba mirarla en una estatua de piedra. Hasta que Perseo terminó con su vida utilizando un escudo espejado proporcionado por Atenea y el casco de invisibilidad de Hades. Así el héroe pudo acercarse a Medusa sin mirarla directamente y le cortó la cabeza, que luego utilizaría para su propio beneficio. Por último, regaló la cabeza a Atenea, quien la colocó en su escudo y allí permanece hasta

ahora, en el templo donde comenzó toda su desdicha.

Pero hay una parte de la historia que nadie conoce y que les voy a narrar a continuación.

Luego de ser maldecida por Atenea, Medusa vagó por el mundo sembrando el terror y el caos a su alrededor para aplacar su furia. Pero al pasar el tiempo, se cansó de esta vida y de hacerles mal a los humanos, pues había entendido que ellos no tenían la culpa de sus desgracias. Por eso se refugió en un antiguo jardín y colocó a las estatuas de las personas que había convertido en las entradas para advertir a los viajeros que no se acercaran. No obstante, algunos valientes guerreros buscaban el honor de matar a la monstruosa Medusa, cayendo rendidos ante la mirada de piedra de la Gorgona. A ella le daba mucha lastima hacer esto e intentaba hablar con las personas que se acercaban, pero nadie quería escucharla y solo buscaban hacerle daño, por lo que ella tenía que defenderse con su mirada.

Un día llegó al jardín de Medusa un guerrero muy malherido que se desvaneció a la entrada. En un principio Medusa pensó que era una trampa para que bajara la guardia, pero al verlo tan mal decidió cargarlo en sus brazos y llevarlo a su guarida para curarlo. Pasaron varios días en los que la vida del guerrero casi se extingue, pero gracias a los maravillosos cuidados de Medusa, logró sanarse. Apenas abrió los ojos, Medusa se separó de su lado y se escondió detrás de un árbol para que él no la viera y así no se transformara en piedra. El guerrero, confuso, comenzó

a preguntar dónde estaba. Medusa le respondió que se encontraba en su jardín pero que no quería hacerle daño, solo lo había encontrado malherido y lo curó. Ahora que ya estaba sano podía irse. El guerrero, tambaleando por la debilidad de sus miembros, logró pararse y a tientas se fue acercando hacia donde estaba escondida Medusa. Ella le suplicó que no lo hiciera ya que al mirarla quedaría convertido en piedra. El guerrero desoyó sus ruegos y llegó hasta su escondite. Cuando se encontraron cara a cara y sus miradas se cruzaron, Medusa notó con sorpresa que aquel guerrero era completamente ciego. Él aferró sus manos y le dio las gracias. Luego se atrevió a tocar su rostro y con una sonrisa le dijo que era hermosa. Ella se sonrojó, hacía mucho que nadie le hablaba de esa manera. Ambos se enamoraron profundamente y fruto de ese amor nació una niña preciosa. En apariencia era igual a su madre, pero no poseía sus malignos poderes. Esto alegró mucho a Medusa quien creyó que su hija podría tener una vida más dichosa.

El tiempo pasó y la niña fue creciendo fuerte y sana. Para festejar el décimo cumpleaños de su hija, Medusa se internó en lo más profundo del bosque para buscar unos deliciosos frutos proporcionados por unas ninfas de las montañas, dejando a la niña con su padre en la seguridad del jardín.

Cuando Medusa volvía de su excursión, con las manos llenas de regalos para su hermosa niña, notó que algo no andaba bien. Por el camino principal divisó una gran columna de guerreros que

venían en dirección de su jardín. Suponiendo lo peor, Medusa corrió para estar cuanto antes junto a su familia. Pero antes de llegar a la entrada divisó las llamas y sintió el olor a humo.

Esta es la parte más triste de la historia. El rey de la región, cansado de los ataques de la Gorgona, envió a sus mejores guerreros a destruirla. Al no encontrarla, los hombres del rey acabaron con todo lo que encontraron a su paso...

Pasaron los días y Hades se impacientaba, pues Medusa se negaba a darle lo que le pertenecía. Fue la primera vez que me envió a la Tierra en busca de un alma.

Al llegar al jardín la escena fue desgarradora. Medusa lloraba en el centro de una vegetación destruida por el fuego con el cadáver de su pequeña hija en sus brazos. No hizo falta presentarme, ella ya sabía quién era y para qué había venido. Besó la frente de su niña y la depositó en una camita de flores que había armado. Luego se levantó y se dio vuelta para que yo pueda llevármela sin sufrir las consecuencias de su mirada. Una vez que tuve la criatura en mis brazos, miré la espalda de Medusa y le dije *Lo siento mucho*. Ella solo contestó:

— Vinieron a matar a un monstruo, pero no se dan cuenta que los monstruos son ellos.

Luego se alejó para siempre, para morir de tristeza y soledad. Perseo lo único que tuvo que hacer fue desprender la cabeza de ese cuerpo sin vida. Como lo ven, Medusa no era el temible monstruo que les hicieron creer. Ella era una simple mu-

jer que fue castigada injustamente y que cuando por fin comenzaba a ser feliz, los verdaderos monstruos (como ella llama a los hombres) le arrebataron esa felicidad.

Contenido

5	· Una cara de la moneda
9	· Los hijos de la serpiente
17	· El Oráculo del Rey
23	· Cri Cri
29	· El griego y la montaña
37	· Palabras repetidas
41	· Nadie te ha herido
45	· El gigante de bronce
51	· Dormir o morir
57	· El lamento del árbol
61	· Cielo y estrellas
69	· La otra cara de la moneda

Este libro se terminó de imprimir el día 21 de octubre de 2019, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1936 en que se funda la Biblioteca Municipal Jesús Enrique Lozada de Maracaibo.

www.sultana.com.ve